Notas de Elena G. de White

Lección 5
29 de Enero de 2011

La culpa

Sábado 22 de enero

Las promesas de Dios comprenden todas las bendiciones espirituales que necesitan los seres mortales débiles y pecadores que no pueden salvarse ni bendecirse a sí mismos. Lo que debiera causar el gozo más profundo es el hecho de que Dios perdona el pecado. Si aceptamos su promesa y abandonamos nuestros pecados, está listo y dispuesto a limpiarnos de toda injusticia. Nos dará un corazón puro y la presencia permanente de su Espíritu pues Jesús vive para interceder por nosotros. Pero... las cosas espirituales se disciernen espiritualmente. Una fe vivaz, activa y permanente es la que discierne la voluntad de Dios, la que se apropia de las promesas y se beneficia con las verdades de su Palabra. No es porque somos justos, sino porque somos necesitados, imperfectos, descarriados e impotentes por nosotros mismos por lo que debemos depender de la justicia de Cristo y no de la nuestra.

Cuando recibáis las palabras de Cristo como si os fueran dirigidas personalmente, cuando os apliquéis la verdad individualmente como si fuerais el único pecador sobre la faz de la tierra por el cual murió Cristo, aprenderíais a reclamar por fe los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado...

Muchos sienten que sus defectos de carácter les hacen imposible hacer frente a la norma que ha levantado Cristo; pero todo lo que deben hacer los tales es humillarse a cada paso bajo la poderosa mano de Dios...

Cuando él [Cristo] ve a los hombres levantando las cargas, tratando de llevarlas con mente humilde, desconfiando de sí mismos y confiando en él, añade a la obra de ellos la perfección y suficiencia de él, y eso es aceptado por el Padre.

Somos aceptos en el Amado. Los defectos del pecador son cubiertos por la perfección y plenitud del Señor, Justicia nuestra. Los que con voluntad sincera y corazón contrito se esfuerzan humildemente para vivir a la altura de los requerimientos de Dios, son considerados por el Padre con amor compasivo y tierno (***En lugares celestiales,* p. 23**).

Domingo 23 de enero:
Vergüenza

Después de que Adán y Eva hubieron comido de la fruta prohibida, los embargó un sentimiento de vergüenza y terror. Al principio solamente pensaban en cómo podrían excusar su pecado y escapar de la terrible sentencia de muerte. Cuando el Señor les habló tocante a su pecado, Adán respondió, echando la culpa en parte a Dios y en parte a su compañera: "La mujer que pusiste aquí conmigo me dio del árbol, y comí". La mujer echó la culpa a la serpiente, diciendo: "La serpiente me engañó, y comí" (Génesis 3:12, 13). ¿Por qué hiciste la serpiente? ¿Por qué le permitiste que entrase en el Edén? Esas eran las preguntas implicadas en la excusa de su pecado, haciendo así a Dios responsable de su caída. El espíritu de justificación propia tuvo su origen en el padre de la mentira y ha sido exhibido por todos los hijos e hijas de Adán. Las confesiones de esta clase no son inspiradas por el Espíritu divino y no serán aceptables para Dios. El arrepentimiento verdadero induce al hombre a reconocer su propia maldad, sin engaño ni hipocresía. Como el pobre publicano que no osaba ni aun alzar sus ojos al cielo, exclamará: "Dios, ten misericordia de mí, pecador", y los que reconozcan así su iniquidad serán justificados, porque Jesús presentará su sangre en favor del alma arrepentida (***El camino a Cristo,* pp. 39, 40**).

El ser humano no se degrada por arrodillarse ante su Creador, confesar sus pecados y rogar por el perdón mediante los méritos del Salvador crucificado y resucitado. Por el contrario, lo ennoblece reconocer sus errores ante Aquel a quien ha herido con su transgresión y rebelión. Lo eleva ante hombres y ángeles, porque "el que se humilla será enaltecido" (***Signs of the Times,* 16 de marzo, 1888**).

Los ojos de Adán y Eva fueron realmente abiertos, pero ¿para qué? Para ver su propia vergüenza y ruina, para comprender que el ropaje de luz celestial que los había protegido ya no los rodeaba como una salvaguardia. Sus ojos se abrieron para ver que su desnudez era el fruto de la transgresión. Cuando oyeron a Dios en el jardín se ocultaron de él, porque anticipaban aquello que antes de su caída no habían conocido: la condenación de Dios (***Conflicto y valor,* p. 20**).

¿Por qué Abel conocía tan bien el plan de salvación? Porque Adán lo había enseñado a sus hijos y a sus nietos... Después que Adán pecó, un sentimiento de terror lo sobrecogió. La vergüenza y el remordimiento constantemente torturaban su alma. Antes le encantaba encontrarse con Dios en su jardín del Edén; pero ahora deseaba estar lo más lejos posible de la presencia de su Creador. Pero el Señor, aunque condenaba su pecado, siguió buscando a este hombre cuya conciencia lo torturaba, para expresarle palabras de esperanzadora promesa. Después de maldecir al engañador, el Señor expresó: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Génesis 3:15) (***Signs of the Times*, 23 de diciembre, 1886**).

Lunes 24 de enero:
La angustia de los hermanos de José

José estaba satisfecho. Había vistió en sus hermanos los frutos del verdadero arrepentimiento. Al oír el noble ofrecimiento de Judá, ordenó que todos excepto estos hombres se retiraran; entonces, llorando en alta voz, exclamó: "Yo soy José: ¿vive aún mi padre?"

Sus hermanos permanecieron inmóviles, mudos de temor y asombro. ¡El gobernador de Egipto era su hermano José, a quien por envidia habían querido asesinar, y a quien por fin habían vendido como esclavo! Todos los tormentos que le habían hecho sufrir pasaron ante ellos. Recordaron cómo habían menospreciado sus sueños, y cómo habían luchado por evitar que se cumplieran. Sin embargo, habían participado en el cumplimiento de esos sueños; y ahora estaban por completo en su poder, y sin duda alguna, él se vengaría del daño que había sufrido.
Viendo su confusión, les dijo amablemente: "Llegaos ahora a mí", y cuando se acercaron, él prosiguió: "Yo soy José vuestro hermano el que vendisteis para Egipto. Ahora pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; que para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros". Considerando que ya habían sufrido ellos lo suficiente por su crueldad hacia él, noblemente trató de desvanecer sus temores y de reducir la amargura de su remordimiento.

[Se cita Génesis 45:6-15] "Después sus hermanos hablaron con él". Confesaron humildemente su pecado, y le pidieron perdón. Durante mucho tiempo habían sufrido ansiedad y remordimiento, y ahora se regocijaron de que José estuviera vivo... Los hermanos de José fueron enviados con gran provisión de alimentos y carruajes, y todo lo necesario para trasladar a Egipto a todas sus familias y las personas que dependían de ellas. José hizo regalos más valiosos a Benjamín

que a los otros hermanos. Luego, temiendo que sobrevinieran disputas entre ellos durante el viaje de regreso, cuando estaban por partir les dio el encargo: "No riñáis por el camino." (***Patriarcas y profetas*, pp. 233, 234**).

¿Cómo puede ser redimido el pecador? ¿Cómo puede encontrar esperanza cuando la conciencia se despierta con una carga de culpabilidad que se torna intolerable y se transforma en desánimo y desesperación? ¡Es Cristo quién murió! ¡Él es el Don más preciado! ¡Regocíjate pecador: el pecado no es infinito! Por más opresivo que sea el sentimiento de culpa, hay una bendita esperanza. Si tus pecados han sido "como la grana", no te desesperes, porque "como la nieve serán emblanquecidos". Si han sido "rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Isaías 1:18). "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9) (***Loma Linda Messages*, p. 180**).

Martes 25 de enero:
Fuerza debilitada

David fue perdonado de sus transgresiones porque humilló su corazón ante Dios, con arrepentimiento y contrición de alma, y creyó que se cumpliría la promesa de perdón de Dios. Confesó su pecado, se arrepintió y se reconvirtió. En el arrobamiento de la seguridad del perdón, exclamó: "Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño". Se recibe la bendición gracias al perdón; se recibe el perdón por la fe en que el pecado que se ha confesado, y del cual uno se ha arrepentido, lo carga Aquel que lleva todos los pecados. Así fluyen de Cristo todas nuestras bendiciones. Su muerte es un sacrificio expiatorio por nuestros pecados (***Comentario bíblico adventista*, tomo 3, p. 1164**).

Durante un año entero después de su caída, David vivió en seguridad aparente; no había evidencia externa del desagrado de Dios. Pero la sentencia divina pendía sobre él. Rápida y seguramente se aproximaba el día del juicio y del castigo, que ningún arrepentimiento podía evitar, es decir, la agonía y la vergüenza que ensombrecía toda su vida terrenal. Los que, señalando el ejemplo de David, tratan de aminorar la culpa de sus propios pecados, debieran aprender de las lecciones del relato bíblico que el camino de la transgresión es duro. Aunque, como David, se volvieran de sus caminos impíos, los resultados del pecado, aun en esta vida, serán amargos y difíciles de soportar (***Patriarcas y profetas*, p. 783**).

¡Cuán diferente era el carácter de David al de Saúl! Después de su pecado, cuando Dios le envió agudos reproches, siempre se inclinó ante los castigos del Señor. David era el amado de Dios, no porque era un hombre perfecto, sino porque no resistía el reproche ni se rebelaba contra la voluntad divina. El Señor dice: "Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados" (Isaías 57:15). David cometió un gran error, pero también fue grande su humillación y su contrición fue tan profunda como su culpa. David fue un hombre fuerte, no tanto para resistir la tentación, como para mostrar contrición del alma y sincera penitencia. Nadie ha mostrado más humildad que David al comprender su culpa. Cuando recibió el reproche de Dios en boca de su profeta, no se despertó su odio contra el enviado.

David también era el amado de Dios porque confiaba en la misericordia de Aquel a quien amaba, servía y honraba. Al que mucho se perdona, mucho ama. David no buscó el consejo humano ni se rodeó de aquellos que, por pecar ellos mismos, justifican el pecado y son dejados en densas tinieblas; no se arrepienten de sus errores pasados ni buscan el perdón de Dios. Confiando en Dios, aceptó la decisión divina como justa y misericordiosa. ¡Cuántos caminan en tinieblas y conducen a otros por el mismo camino de perdición por no aceptar los reproches del Espíritu de Dios! (**Folleto: *Elder Daniels and the Fresno Church*, p. 16**).

Muchos tienen la idea de que se puede practicar cualquier cosa con tal que conscientemente se crea que es lo correcto, pero la pregunta es: ¿La conciencia humana está bien instruida o está desviada y torcida por opiniones preconcebidas? La conciencia no puede tomar el lugar de un "así dice Jehová". Las conciencias no están en armonía unas con otras ni son inspiradas; algunas están muertas y otras cauterizadas como si hubieran sido quemadas con un hierro caliente. Los seres humanos pueden tener una buena conciencia o una mala conciencia. Saulo no creía en Jesús de Nazaret y perseguía a los cristianos de ciudad en ciudad creyendo verdaderamente que hacía un servicio a Dios (***Ellen G. White 1888 Materials*, p. 424**).

Miércoles 26 de enero:
Llanto amargo

.. .Pedro no conocía el peligro que corría, y lo descarrió la confianza propia. Se creyó capaz de resistir la tentación; pero pocas horas después le vino la prueba, y con maldiciones y juramentos negó a su Señor.

Cuando el canto del gallo le hizo recordar las palabras de Cristo, sorprendido y perturbado por lo que acababa de hacer, se volvió y miró a su Maestro. En ese momento Cristo miró a Pedro, y éste se comprendió a sí mismo ante la triste mirada, en la que se mezclaban la compasión y el amor hacia él. Salió y lloró amargamente, pues aquella mirada de Cristo quebrantó su corazón. Pedro había llegado al punto de la conversión, y amargamente se arrepintió de su pecado. Fue semejante al publicano en su contrición y arrepentimiento, y como éste, también alcanzó misericordia. La mirada de Cristo le dio la seguridad del perdón.

Entonces desapareció su confianza propia. Nunca más se repitieron sus antiguas aseveraciones jactanciosas.

Después de su resurrección, Cristo probó tres veces a Pedro. "Simón, hijo de Jonás —le dijo— ¿me amas más que éstos?" Pedro no se ensalzó entonces por encima de sus hermanos, sino que apeló a Aquel que podía leer su corazón. "Señor —dijo— tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo".

Entonces recibió su comisión. Le fue designada una obra más amplia y delicada de la que le había tocado antes. Cristo le ordenó apacentar las ovejas y los corderos. Al confiar así a su mayordomía las almas por las cuales el Salvador había depuesto su propia vida, Cristo dio a Pedro la mayor prueba de confianza en su rehabilitación. El discípulo que una vez fuera inquieto, jactancioso, lleno de confianza propia, se había vuelto sumiso y contrito. Desde entonces siguió a su Señor con abnegación y sacrificio propio. Participó de los sufrimientos de Cristo; y cuando Cristo se siente en el trono de su gloria, Pedro participará de su gloria (***Palabras de vida del Gran Maestro*, pp. 118, 119**).

Con maldiciones y juramentos Pedro negó a su Señor. ¡Cómo hirió esto el corazón de Jesús! El Varón de dolores estaba rodeado por sus enemigos, acusado por falsos testigos e insultado por la muchedumbre; pero la negación de Pedro lo hirió más profundamente que las burlas de sus enemigos. El ver que su discípulo sacrificaba su integridad para negar a su Maestro, quebrantó el corazón de Jesús; sin embargo se volvió hacia Pedro y lo miró con una compasión que a la vez mostraba tristeza, lo que quebrantó el corazón de su discípulo. Recordó inmediatamente que Jesús le había dicho que antes que el gallo cantara le negaría tres veces, y salió del lugar del juicio lleno de vergüenza y angustia. Apresuradamente se dirigió al Getsemaní y se postró en el mismo lugar en el que Jesús se había postrado en agonía y en el que las gotas de su sangre habían caído sobre la tierra, y lloró amargamente. Jesús conocía la angustia de ese corazón y perdonó a Pedro su pecado. Esto es lo que ocurre con cada pecador que se acerca a Dios con un alma arrepentida y contrita: Jesús está junto a él, pues

cuando un alma se arrepiente, da evidencia de que el Señor lo tiene a su lado (***Review and Herald*, 12 de julio, 1892**).

Jueves 27 de enero:
Perdón completo

Aunque como pecadores estamos bajo la condenación de la ley, sin embargo Cristo, mediante la obediencia que prestó a la ley, demanda para el alma arrepentida los méritos de su propia justicia. A fin de obtener la justicia de Cristo, es necesario que el pecador sepa lo que es ese arrepentimiento que efectúa un cambio radical en la mente, en el espíritu y en la acción. La obra de la transformación debe comenzar en el corazón y manifestar su poder mediante cada facultad del ser. Sin embargo, el hombre no es capaz de originar un arrepentimiento tal como éste, y solo puede experimentarlo mediante Cristo, que ascendió a lo alto, llevó cautiva a la cautividad y dio dones a los hombres.

¿Quién desea llegar al verdadero arrepentimiento? ¿Qué debe hacer? Debe ir a Jesús, tal como es, sin demora. Debe creer que la palabra de Cristo es verdadera y, creyendo en la promesa, pedir para que reciba. Cuando un sincero deseo mueve a los hombres a orar, no orarán en vano. El Señor cumplirá su palabra, y dará el Espíritu Santo para inducir al arrepentimiento con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. El pecador orará, velará y se apartará de sus pecados, haciendo manifiesta su sinceridad por el vigor de su esfuerzo para obedecer los mandamientos de Dios. Mezclará fe con la oración, y no solo creerá en los preceptos de la ley sino que los obedecerá. Se declarará del lado de Cristo en esta controversia. Renunciará a todos los hábitos y compañías que tiendan a desviar de Dios el corazón.

El que quiera llegar a ser hijo de Dios, debe recibir la verdad que enseña que el arrepentimiento y el perdón han de obtenerse nada menos que mediante la expiación de Cristo. Asegurado de esto, el pecador debe realizar un esfuerzo en armonía con la obra hecha para él y con una súplica incansable, debe acudir al trono de gracia para que el poder renovador de Dios llegue hasta su alma. Cristo únicamente perdona al arrepentido, pero primero hace que se arrepienta aquel a quien perdona. La provisión hecha es completa y la justicia eterna de Cristo es acreditada a cada alma creyente. El manto costoso e inmaculado, tejido en el telar del cielo, ha sido provisto para el pecador arrepentido y creyente, y él puede decir: "En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia" (Isaías 61:10) (***Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 460, 461**).

No es una evidencia de verdadera humildad que vayáis con la cabeza gacha y con el corazón lleno de pensamientos egoístas. Podéis ir a Jesús y ser limpiados, y estar delante de la ley sin remordimiento.

El privilegio de cada uno es vivir de tal forma que Dios lo apruebe y lo bendiga. Podéis estar frecuentemente en comunicación con el cielo; no es la voluntad de vuestro Padre celestial que estéis alguna vez bajo condenación en tinieblas. No es agradable a Dios que os desmerezcáis. Debéis cultivar el respeto propio viviendo de tal modo que seáis aprobados por vuestra conciencia y ante los hombres y los ángeles (***A fin de conocerle,* p. 142**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática